



Rafa Martínez-Echevarría

COLONIA PITUS:
CONFINADOS EN EL COLE

© 2023, Rafa Martínez-Echevarría

© 2023, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-125526-2-1

Depósito Legal: M-3496-2023

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*Para Caye, Almu, Bosco, Carlos y Julián
de su orgulloso padrino, para que no olviden nunca
lo que está bien y lo que está mal.*

CAPÍTULO | 1

—Es hora de frenar esta pandemia. Los científicos han estudiado el comportamiento del virus y una cosa está clara: los niños de seis a doce años son los principales transmisores de esta enfermedad tan letal para nuestros mayores.

»Todos los estudiantes de primaria del país quedarán aislados en sus colegios a partir de esta misma noche. Preparen las maletas con lo justo y necesario y preséntense en sus centros correspondientes antes de las diez de la noche.

»Los próximos quince días serán cruciales para nuestra nación.

»¡Hijos, estamos orgullosos de vosotros! ¡Sois unos héroes!

Se cortó la conexión con el presidente de Gobierno y continuaron hablando los presentadores de la televisión, pero nadie les siguió prestando atención en sus casas.

—¿Héroes? Pero si les están dando vacaciones sin adultos vigilando. Yo tengo trece años, ¿puedo repetir

curso y colarme? —dijo Víctor, el hermano mayor, fingiendo indignación.

—Hijo, no digas tonterías. Esto no es ninguna broma —interrumpió el padre.

La madre lloraba y abrazaba a sus otros dos hijos, Tito y Almudena, que todavía no entendían muy bien lo que estaba pasando.

—¿Somos héroes, mamá? ¿Puedo pedirme a Hulk? —preguntó Tito, el más pequeño. Acababa de empezar ese año la escuela primaria.

—No llores, mamá. Yo cuidaré de Tito. Ya lo hice este verano cuando os fuisteis a cenar y yo me quedé de canguro —trató de calmarla Almudena, que, aunque tenía doce años, era mucho más madura que su hermano Víctor.

Apagaron la tele y se abrazaron todos.

Ya no importaban las recomendaciones médicas.

Los iban a separar.

CAPÍTULO 2

Mientras Tito y Almu preparaban las maletas, Víctor acompañó a su padre a un supermercado para hacer acopio de productos básicos, ya que no sabían las medidas que se tomarían durante los próximos días. Lo que se encontraron al llegar no se parecía en nada a lo que normalmente llamamos «supermercado».

Como ellos, cientos de personas habían corrido alarmados a llenar también sus despensas. La histeria era general y se veían imágenes de lo más extrañas. Muchos iban con máscaras y guantes para evitar el contagio, pero algunas señoras habían cogido las bolsas transparentes de la fruta y se las habían puesto en la cabeza como improvisadas mascarillas. Víctor se quedó mirándolas con asombro mientras pensaba que igual acabarían en el hospital por asfixia más que por contagio.

Apenas quedaba ya nada en las estanterías. Lo más llamativo era que en la zona de verduras estaba todo vacío menos las cestas de brócoli. Estas estaban tan llenas que casi se desparramaban sobre los espacios desiertos que las rodeaban.

—¿Ves, papá? —bromeó Víctor—. El brócoli no lo quiere nadie. Ni cuando hay un apocalipsis zombi.

Alguien chocó contra su carro.

—Perdón. Es que no veo —dijo una voz desde detrás de una montaña de papel higiénico acumulada en el carro.

Al levantar la vista, padre e hijo vieron que había varios carros con la misma cantidad de papel.

—Papá, ¿uno de los síntomas de este virus es la diarrea? —continuó riéndose Víctor.

—Hijo, déjate de bromas y ve a buscar algo de gel y champú...

CAPÍTULO 3

Cuando volvieron a casa, su madre seguía llorando y Almu ayudaba a Tito a cerrarse la cremallera del abrigo mientras él aguantaba en la mano izquierda un puño grande y verde de su superhéroe favorito, Hulk.

—¿Ya estáis preparados? No hemos podido conseguir muchas cosas. El supermercado parecía la jungla —lamentó el padre.

—La peña se está volviendo loca —sentenció Víctor.

—A mí solo me falta la capa de Superman —gritó Tito mientras corría a su habitación para rescatarla.

—Cuando queráis podemos irnos —dijo Almu, ajustándose las gafas y peinándose la melena rubia.

Almu arrastró la pequeña maleta con ruedas en la que habían metido lo más básico para ella y su hermano. Agarró la mano a Tito, que volvía ajustándose la capa al cuello, y se dirigió hacia la puerta.

—¿A qué esperáis? ¿Es que no habéis oído que esto es algo importante? —reprochó Almu al resto de su familia.

Impresionados, todos la siguieron y bajaron al garaje de la urbanización. Muchas familias se encontraban

en la misma situación: cargando los coches entre lágrimas de los padres y protestas de los hijos.

—Abrochaos los cinturones, hijos —advirtió el padre cuando cerraron todas las puertas.

—¡Venga, papá! No creo que la poli esté ahora poniendo multas —se quejó Víctor.

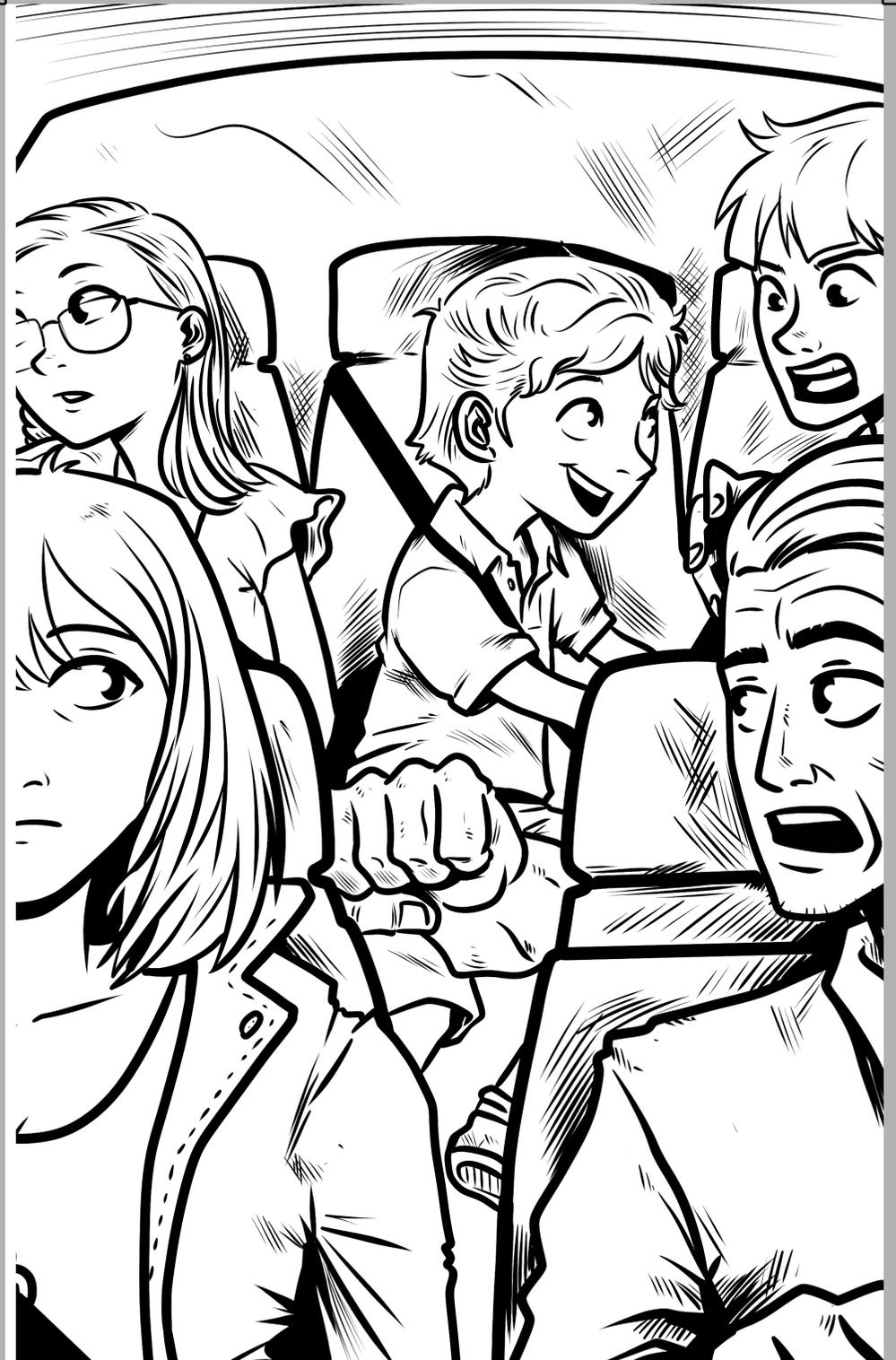
Tito, que iba sentado a su lado, se abalanzó sobre él cogiendo el cinturón y abrochándose.

—¿Qué haces, enano?

—Salvarte la vida. Soy un héroe —sonrió Tito, cruzándose de brazos.

El padre sonrió mirando por el retrovisor y puso el coche en marcha.

Salían hacia el colegio.



CAPÍTULO | 4

Parecía que habían hecho las cosas muy rápido.

Alrededor del colegio se extendía una valla de alambre de espino que solo se podía flanquear por la puerta principal. A lo largo del perímetro, los militares vigilaban la zona y saludaban tras sus máscaras a los niños que iban llegando en coche.

En la zona de entrada se veían preparados focos de gran potencia, para cuando anocheciese.

Un camino vallado terminaba con dos mesas en las que varios soldados tenían unas listas con los nombres de los niños que tenían que quedar allí aislados. Junto a ellos, de pie, se encontraban el director y el militar al mando de la operación. Este segundo no llevaba máscara, como los demás, sino que esperaba con una sonrisa sincera a los recién llegados.

—¿No debería ponerse la máscara? —insistió el director.

—Si usted fuese a dejar aquí a sus hijos, ¿le gustaría ser recibido por una horrible máscara y un uniforme militar?